

# Mis miradas bizcas sobre Barranquilla

Ramón Illán Bacca

## Resumen

Una mirada retrospectiva a Barranquilla que pasa por el carnaval, el periodismo y la literatura, para terminar en una reflexión crítica. El autor muestra diferentes escenarios de la ciudad desde lo cultural y lo literario. En su testimonio evoca la ciudad del carnaval y termina con sus guiños nostálgicos por ese ambiente de efervescencia cultural, pasando por el cuestionamiento sobre ese famoso mito que es el Grupo de Barranquilla.

**Palabras clave:** Barranquilla, carnaval, Grupo de Barraquilla, literatura, periodismo, historia.

## Abstract

It is a retrospective view over Barranquilla passing from Carnival, journalism and literature and ends in a critic reflection. The author presents different cultural and literary stages of that city. The city of the Carnival is evoked in his testimony and ends up with a nostalgic view for that space of cultural effervescence. He also mentions the famous myth of the Grupo de Barranquilla.

**Key words:** Barranquilla, carnival, Grupo de Barranquilla, literature, journalism, history.

## Una ciudad sin historia

Desde pequeño se me dijo que al lado de la heroica Cartagena y la hidalga Santa Marta, Barranquilla era una ciudad sin historia, incluso los manuales de civismo en primaria –después de hacerle aprender a los niños el himno de Barranquilla con letra de Amira de la Rosa que la tilda de “procera e inmortal”– pasaba de inmediato a decir que en realidad la ciudad se había fundado porque unos vaqueros de Galapa conducían sus vacas a un lugar que se llamaba Barrancas de San Nicolás para que abrevaran. Esta tesis fue sostenida y pregonada con orgullo por mucho tiempo. Los del Grupo de Barranquilla, por ejemplo, en sus artículos se jactaban del ancestro vacuno:

“Cuando alguien se refiere al origen de Barranquilla siempre se habla de unas vacas y unos pastores que en una época imprecisa y en un verano excesivamente cruel buscaron la proximidad del agua. De este modo se acercaron al agua dulce y al agua salada y se quedaron. Pero la verdad es que Barranquilla no



tiene historia”, afirmaba Alfonso Fuenmayor en un artículo en la revista Estampa en 1941.<sup>1</sup>

En forma más lacónica el investigador Teodoro Nichols dice que: “Los orígenes de Barranquilla son tan oscuros como famosos los de Cartagena y Santa Marta... Las circunstancias del nacimiento de Barranquilla son inciertas”.<sup>2</sup>

Sin embargo desde hace pocos años hay una revisión histórica en la que se ennoblece la fundación de la ciudad. Se dice que ella tuvo su origen en ser la

confluencia de ciertos grupos marginales en la estructura colonial: españoles sin oficio, indios galaperos y malambos, indios concertados, esclavos cimarrones, o sea, un sitio de hombres libres. Que algún aragonés estuvo por ahí metido se infiere por la terminación *illa* y por eso es Barranquilla y no barranquita como nos lo dice el historiador Claudio Ropaín.

Los arqueólogos han encontrado rastros de asentamientos indígenas debajo de las calles de la ciudad. La cultura barrancoide, malambo y otras se asentaron alguna vez allí. Al paso que va Barranquilla va a resultar mucho más antigua de lo que se pensaba.

## Tiempo de carnaval

En esta Barranquilla que me ha tocado vivir y que es el escenario de mis novelas *Maracas en la ópera* y *Disfrázate como quieras* he comprendido con el paso del tiempo ciertos elementos específicos. Así, hay que entender que el tiempo no se cuenta en Barranquilla por fechas de años sino por reinas de carnaval. ¿No hubo un himno en el carnaval de Marvel Luz Primera? Me indagó desde Toulouse Jacques Gilard cuando hacía un estudio sobre la vida de esa escritora, la barranquillera más conocida internacionalmente después de Shakira. No hace en su carta referencia al año de su reinado, pues supone que yo debo saberlo.

¿Y cómo fue el incidente con el arzobispo cuando Cecilia Primera? Este caso es imposible de olvidar. La reina era aviadora aficionada y llegó a la ciudad desde Bogotá piloteando una avioneta. La ciudad deliró de entusiasmo y orgullo. Haciéndose eco del sentir público fue declarada por la alcaldía “Reina de los cielos de Colombia”, pero no contaban con las fuerzas del orden y así fue como hubo una encendida protesta del arzobispo, pues reina de los cielos solo era la virgen. Se produjo entonces un contradecreto por la que se le declaraba tan solo “Capitana de los cielos de Colombia”.

En otra ocasión y más de acuerdo al sentir del arzobispo, la reina del carnaval, Edith Primera, el mismo miércoles de ceniza tomó los hábitos de monja y saludaba llena de felicidad a los curiosos que la aplaudían bajo el balcón, algunos de ellos todavía con capuchones.

Y quién puede olvidar aquella cumbia famosa que decía:

“Era Marta la reina  
que mi mente soñaba  
era Marta la reina  
la mujer esperada  
carrusel de colores  
parecía una cumbiamba”.

Pensamos mi editor y yo que si mi última novela la titulábamos “Era Marta la reina” solo los costeos mayores de cuarenta años serían sus lectores. Se tituló *Disfrázate como quieras*, un nombre más universal, pero el año es el de Marta Ligia Primera y entre barranquilleros todos saben a qué año me refero.

Cuando veo las imágenes del documental “Un carnaval para toda la vida” hecho por Álvaro Cepeda Samudio trato de hallar la imagen del joven angustiado que era yo en ese entonces, expulsado de la universidad confesional donde estaba y preguntándome cuál sería mi destino. La música de fondo, inolvidable como todo ese carnaval, tenía la letra retadora que decía: “Los carnavales de Julieta y que nadie más se meta” debido a algún incidente entre los organizadores del carnaval. Ahora sólo lo recuerdan los viejos de la tribu. ¿No fue también para esos años que con el nombramiento de una reina con atributos muy postizos se puso de moda el merecumbé de Pacho Galán titulado “La engañadora”?

Y hablando de vejez ya no recuerdo los nombres de las últimas reinas y disfruto cada vez menos de ese carnaval que ya se está convirtiendo en una feria de las tantas que tiene el país. Para empeorar el asunto, el mal humor nacional y la violencia política, mafiosa y de delincuencia común también se han “posicionado” —como se dice ahora— en Barranquilla.

En mi memoria de esa ciudad perdida hay algunas escenas del carnaval de los sesenta para atrás. Años de cuando era posible encontrar roncando en una mesa del Paseo Bolívar al pintor Alejandro Obregón y a la periodista Rosita Marrero alias Nakonia —por la reina de los orangutanes en las historietas de Tarzán— sin que nadie les tocara un pelo. También era la época en que los maridos solventes sacaban a bailar a sus esposas el sábado y domingo de carnaval, pero el lunes llevaban a sus queridas al Patio andaluz del Hotel del Prado. Muchas de las esposas enardecidas los esperaban a la salida del baile y la cosa se ponía como para alquilar balcones.

## Carnavales sangrientos

Pero al lado de este anecdotario simpático está el monstruo acechando. Los más terroríficos crímenes también se han dado en estas fechas. En los cuarentas se dio el crimen del capuchón rojo que coincidió con la inauguración de un lugar de diversiones. El lugar —abierto como alternativa de la clase media, crucificada entre los clubes sociales a los que no podía acceder y los salones populares que menospreciaba— fue sacudido en un sábado de carnaval cuando estaba lleno de capuchones —que se alquilaban en las tiendas de la esquina— y cuando la orquesta Aragón interpretaba “El manicero”, un marido celoso reconoció en ese capuchón rojo a su bella esposa que estaba aferrada amorosamente a un tigre de Bengala.

El cornudo sacó su Walter PPK —¿por qué esa arma de dotación alemana? Lo ignoro—. Los tiros mataron a la mujer y a su tigre. Esto malditizó el sitio que nunca pudo convertirse en el *rendezvous* de la clase media que aspiraba ser.

Recuerdo haber leído con avidez *Clarín*, un semanario sensacionalista de la época. Las crónicas eran la

apoteosis del rumor. Daban cuenta de cómo el vecino al reconocer el capuchón avisó al marido. De cómo esa quiromántica, en esos días previos le había leído la mano a ella y le había advertido que no saliera de casa, de cómo con ese mismo disfraz el tigre de Bengala había saltado de un balcón huyendo de otro marido armado. El caso sirvió para ambientar una radionovela años después y de ella se han tomado estos datos.<sup>3</sup>

Pero si el anterior caso tiene algunos elementos de la picaresca, no los tiene o son subsumidos por el horror el impresionante crimen de las tres damas, abuela, hija y nieta, muertas a trancazos por un joven estudiante de medicina. Afuera en las verbenas, los tocadiscos con sus bafles gigantescos apagaban con su estridencia los gritos.

*El pez en el espejo* de Alberto Duque López fue una novela inspirada en ese crimen. En una composición polifónica en la que se oyen las voces de las víctimas y el victimario, el autor trata de explicar la profunda motivación de los crímenes. El resultado, un tanto consabido, explica el caso por un complejo de Edipo mal planteado.

Como el autor publicó la novela antes del juicio al asesino, no registró las audiencias con un abogado defensor que se desmayaba por insuficiencia de azúcar y a quien con puñados de caramelos, un ejército de enfermeras uniformadas con tocas blancas. Ni tampoco registró la presencia de los locutores de las cadenas radiales que transmitían el juicio, mientras preguntaban al público si el debate tenía “cañaña jurídica”. En la plaza cada cual daba su versión de lo que en realidad había ocurrido. Tales lances le hubieran enriquecido el tema. A lo último, hubo vasos comunicantes entre la novela y la realidad. Uno de los abogados leyó apartes de la novela de Duque López en el juicio, y el acusado amenazó al autor porque, según él, había ofendido a su mamá. Un entreverarse entre novela y realidad.<sup>4</sup>

En esa relación muerte-carnaval, los basurriegos muertos a palos por celadores de una universidad para vender a precios módicos los órganos extraídos a los cadáveres, es una historia de horror que está en busca de autor.

También, y en el reverso de la medalla, se dan las muertes “carnavalescas”, como la de “Figurita”, el pintor amigo del “Grupo de Barranquilla”, quien murió un sábado de carnaval desnucado al caer de una carroza en la que había desfilado disfrazado de reina de Bolivia; o la muerte de Víctor Manuel García Herreros atropellado por un carrromula en una batalla de flores mientras recitaba en alta voz versos de Cátulo en latín.

## La ciudad pacífica que dejó de serlo

El barranquillero era en la primera mitad del siglo XX, pacífico y gozón. El columnista Chelo de Castro nos recordó, con orgullo, que en la Guerra de los Mil Días el líder liberal Rafael Uribe Uribe estuvo en la ciudad haciendo un llamamiento a sus copartidarios

para que se enrolaran en su ejército. Esperaba mil voluntarios, solo acudieron ocho. El general airado les recriminó diciéndoles que tenían horchata en las venas. Tenían sangre pero no tenían vocación para la guerra nos aclaró el columnista y concluyó: “Los pudientes se fueron para Inglaterra y Norteamérica y al volver introdujeron el fútbol y el béisbol. Los demás se escondieron, pero matarse, no mi general”.<sup>5</sup>

La piedra de toque de ese temperamento fue la violencia política que del 48 al 58 incendió al país. Barranquilla fue un oasis de paz y un refugio para los desplazados de la violencia en el interior del país. Que esa actitud estaba respaldada por la clase dirigente barranquillera, lo ilustra la anécdota del gobernador (1951-1952) Eduardo Carbonell Insignares. Este funcionario conservador al saber que el gobierno central iba a enviar un destacamento de la policía chulavita, cercó el aeropuerto con el ejército, no dejó salir al contingente y los envió de regreso al interior. La ciudad respiró aliviada y el agradecimiento colectivo acompañó al gobernador hasta su muerte.

No son estos los aires del presente, la ciudad desde finales de los años setentas, con la llegada de la llamada “Bonanza marimbera”, arroja un índice de violencia tan alto como Bogotá, Medellín y Cali. Ahora hay miradas nostálgicas hacia la Barranquilla que se fue y un hondo temor hacia la que se vive y se espera.

Hace pocos días un periodista amenazado hizo una radiografía cuando escribió: “La Barranquilla que perdimos es ya una imagen borrosa y de colores velados como una foto antigua. Pero no fue precisamente el tiempo lo que nos la arrebató”.<sup>6</sup>

## El diagnóstico de los sociólogos

En una conversación informal con algunos sociólogos, éstos me hablaban de la necesidad de darle a este escrito lo que denominan un “Marco teórico”. No se me ocurre otra cosa sino dar algunas especificaciones que rompían —a principios y hasta mediados del siglo XX— con las características comunes que se daban en las otras ciudades.

En la primera mitad del siglo pasado Barranquilla miró hacia afuera y no hacia el interior del país, porque la ciudad se realizaba con el esfuerzo de una burguesía nativa perspicaz y unos extranjeros de todas las latitudes. Así vivíamos las ondas de las radios que en la misma banda local sintonizaba a la Cuba pre-revolucionaria y sus grandes orquestas (la “Orquesta de las Chicas Méndez” en los veintes, y la “Orquesta Aragón” con sus Dolly sisters en los cincuentas). Desde ese mismo país nos venía hasta la moda para los zapatos como el de dos tonos y tacón cubano. También se transmitían los últimos hits musicales de Norteamérica y los datos sobre los batatazos de Baby Ruth encabezaban los titulares de los periódicos. *La Prensa* publicaba las primeras historietas en colores los sábados desde el año 29, mucho antes que los periódicos capitalinos. *Buck Rogers en el siglo vein-*

*ticinco* inspiró a José Antonio Osorio Lizarazo para escribir su *Barranquilla 2132*. La primera novela de “anticipación” escrita en el país.

Había el constante arribo de extranjeros de todas las latitudes y religiones: europeos, árabes, chinos y hasta hindúes en algún momento. En su mayoría con capitales de aventura. Pacíficos y avenidos árabes y judíos, chinos y japoneses, alemanes e ingleses le daban una fisonomía propia a la ciudad. Recuérdese que en los cincuenta, la mitad de la población extranjera del país estaba en Barranquilla.<sup>7</sup>

Para bien o para mal sus conexiones con los elementos culturales que constituían nuestras características nacionales eran más débiles; quiero decir la gramática, la urbanidad y el catolicismo.

En esta ciudad todavía se conjugan muy bien los verbos y las eses que se comen en la conversación se corrigen en la escritura. Pero a su vez en ese momento de principios del siglo veinte los barranquilleros estaban dispuestos a aceptar todos los extranjerismos, modismos y jergas, sin atender los reclamos de los gramáticos. Ni Cuervo, ni Caro, ni Suárez eran muy populares y mucho menos leídos. De hecho la fuerte presencia alemana y norteamericana en el comercio e industria imponía sus palabras de germanía.

La informalidad y la familiaridad con los desconocidos, el tuteo igualitario era todo lo opuesto a las reglas de urbanidad de Carreño. Lo coloquial y el trato casi familiar era lo dado. Algunos viajeros recalcan ese aspecto, pienso en el boliviano Arguedas o en alguna correspondencia de Barba Jacob. Sin embargo para las familias patricias los buenos modales eran un símbolo de diferencia.

La clase media melindrosa también encarecía la lectura de la urbanidad de Carreño. Todavía recuerdo a mis vecinas victorianas lavándole la boca con jabón a su sobrino porque había cantado ante ellas aquella guaracha que decía:

Te lo vi.  
Te lo vi  
No lo escondas  
Que te lo vi.

(No estoy seguro si era ese aire cubano o alguna estrofa procaz de “La ópera del mondongo” del maestro Peñaranda).

El catolicismo fue durante mucho tiempo la religión oficial que reunía más gente que otras expresiones religiosas, pero el protestantismo, la santería, o la condenada masonería también tenían una fuerza y una presencia mayor que en el resto del país. Ayuda a esta afirmación haber tenido en los sesenta el primer alcalde de confesión protestante en el país.

## Literatura y ciudad, una mirada al pasado

En esa Barranquilla pujante de principios del siglo veinte la literatura y la cultura en general no cumplía un papel importante y mucho menos determinante.

Había muchos periódicos con columnistas conocidos. Pero la columna era leída no tan sólo por estar bien escrita, sino porque detrás estaba el político o el exgeneral. El escribir agregaba méritos a los hombres de pro, pero no era un mérito en sí. La categoría de escritor era subsidiaria; la cultura como creación no se entendía y la escritura no era más que una actividad al servicio de los políticos. Por eso la paradoja de pocos escritores de oficio y la gran cantidad de periódicos de distinto patrocinio político, con los mismos colaboradores. Lo que sí se encuentra es un apetitoso anecdotario del mundillo cultural.

Una de las noticias más antiguas de la vida cultural en la Barranquilla del siglo diecinueve son las referidas a las reseñas de libros que hacía Mister Elías Pellet, cónsul de Estados Unidos en Barranquilla a finales del siglo diecinueve en su periódico *The Shipping List* fundado en 1872. En esta publicación Pellet hacía reseñas y comentarios de los libros que leía. Al parecer este personaje tenía una de las mejores bibliotecas de la pequeña ciudad de ese momento. Amaba el latín y el griego y tenía doce traducciones de la Iliada en inglés. Trató de componer un índice de las obras homéricas. Es famosa la anécdota de cómo buscó un libro del político inglés William Gladstone para completar su biblioteca con temas clásicos. Colocó anuncios en el *Times* de Londres solicitándolo. Su amigo Herman Freund localizó un ejemplar que valía 16 libras esterlinas de la época. Pellet aceptó pero cuando fueron a comprarlo el único ejemplar ya estaba vendido. Desesperado le escribió al propio primer ministro Gladstone ofreciendo comprarle un ejemplar. El político británico le contestó que no tenía ni un ejemplar pero se interesó en la búsqueda de nuestro personaje, más aún, conjeturó que ese tipo de indagaciones debía ser frecuente en estos medios. Pellet solo obtuvo el libro cuando un amigo comerciante se lo compró y además obsequió. Para que esto fuera un cuento de Borges lo único que faltó es que él tal libro no existiera, pero el dato cierto es que el libro de Gladstone escrito en 1876 se titula: *Una investigación en la época y el lugar de Homero en la historia*. No hay traducción al español.

Pellet en una de sus columnas titulada “No, Thanks” felicitó a Gladstone por no haber aceptado el título de Lord. Al parecer tuvieron alguna correspondencia, y como creía y decía Don Miguel Goenaga, de quien hemos tomado estos datos, “todo político que no conteste la correspondencia está perdido”.<sup>8</sup>

También en *El Comercio* fundado en 1892 por Clemente Salazar Mesura tenía presencia la columna “Al lápiz” del médico dominicano Juan Ramón Xiques que firmaba con el seudónimo de “Raúl”.

Una dama melindrosa de nombre “Olga” (es el único dato que sabemos de ella) protestó por alguna de las columnas a lo que el columnista contestó con un: “Nervios, cuestión de nervios... ustedes los impresionables y exaltados, están neuróticos. Recurran al doctor

Ramón Urueta aventajado discípulo de Charcot para que los cure o si no hagan uso continuado del elixir polibromurado de Boudry”, y más adelante agrega: “os asustáis de mis notas y permitís que vuestras hijas se familiaricen con Byron y Chateaubriand”.<sup>9</sup>

El periódico decidió llevar el asunto ante el tribunal de la opinión pública preguntando si el escritor debía continuar o no con su columna. La encuesta arrojó el resultado de 637 votos a favor de que siguiera escribiendo y 9 en contra. Al poco tiempo Xiques se fue para Europa. Se conserva una sentida nota de despedida del escritor barranquillero Aurelio de Castro alias “Tableau”, uno de los columnistas más destacados de su época.

A diferencia de Bogotá que se ufanaba del remoquete de “Atenas suramericana”, en esta ciudad costecía el comercio y el respeto al dinero eran los valores más aceptados. De ser un hecho tan protuberante nos lo decía Julio H. Palacio en un editorial de *Rigoletto*:

“No se lee en Barranquilla, no se escribe tampoco... los pocos que pueden escribir algo no escriben porque están seguros de no ser leídos, ni comprendidos. Les causa además escalofríos pensar que en las provincias persigue una muerte negra a los que la burguesía llama despreciativa e irónicamente literatos...”<sup>10</sup>

El anecdotario cultural nos podría seguir refiriendo curiosidades como las del médico y periodista Ramón Urueta, natural de Usiacurí, discípulo de Charcot y quien tuvo correspondencia con Víctor Hugo, o la correspondencia de Abraham Zacarías López-Penha con Rubén Darío. También la del médico Enrique Llamas con Freud a quien invitó a vivir a Barranquilla ante la inminencia de la guerra. “Estaría encantado de encontrarme contigo en cualquier parte pero ya me siento muy viejo para ir a Barranquilla”, fue la respuesta.<sup>11</sup>

Pero la llegada de un joven catalán de treinta años en 1914 será lo que determinará una de las aventuras intelectuales más importante de la ciudad y del país. Su nombre, Ramón Vinyes. La aventura, la revista *Voces*.

## “Voces”

Cualquier estudio sobre la literatura en Barranquilla tiene que referirse a los dos grandes momentos literarios que se dieron en la ciudad con las publicaciones de *Voces* (1917-1920) y *Crónica* (1949-1951). Ambas revistas agruparon lo más representativo de la vida local y trascendieron nacional e internacionalmente. Ambas publicaciones alcanzaron los sesenta números. No fueron tan buenos, sin embargo, ni su distribución ni su tiraje, y como todas las publicaciones de su género, quebraron al poco tiempo.

El crítico uruguayo Ángel Rama escribió:

“Uno de los personajes mitológicos de la literatura latinoamericana, ese Ramón Vinyes que a partir de 1917 da a conocer en una revista provinciana (*Voces*, publicada en la ciudad colombiana de Barranquilla, que para la fecha era el último rincón del planeta) las audacias de Dormée y Reverdy, Gide y Chesterton, dando muestras de esa fabulosa erudición de la modernidad europea que explica que uno de sus nietos intelectuales, Gabriel García Márquez, lo haya trasmutado en un personaje de novela: El sabio catalán”.<sup>12</sup>

Si bien hay estudiosos sobre esa revista –y puedo decir que he puesto mi grano de arena al dirigir una reedición de sus sesenta números por Ediciones Uninorte– en general el desconocimiento sobre lo que esta publicación representó es muy grande en el resto del país.

Anterior a algunas revistas como *Proa* y *Martín Fierro* en Buenos Aires, *Revista de Avance* en La Habana, *Contemporáneos* en México, o *Amauta* en Lima, que son unas referencias obligatorias cuando se habla del proceso literario de Latinoamérica, en la década del veinte, en Colombia no hay nada parecido a *Voces*. Ni *Universitas*, *El Nuevo Tiempo*, y *Cultura* en Bogotá, ni *Panida* en Medellín, alcanzaron la dimensión literaria de esta revista. Entre otras cosas porque casi todas las publicaciones se mantenían de refritos y *Voces* era la excepción en este sentido debido a las traducciones de primera mano que realizaba Vinyes. Así se ofrecía a los lectores de habla española materiales que nunca habían leído antes en su propia lengua.

Así fue como se tradujeron por primera vez al castellano textos de Gide, Chesterton, Hebbel, Lafcadio Hearn Riviere, Hoffmannsthal, Cunninghame Graham y Apollinaire.

Un ejemplo: en *Voces* apareció una traducción de Vinyes, del primer acto de la obra *Judith* de Hebbel y solo al año siguiente se tradujo esa obra de teatro al castellano en España.

¿Cómo una revista editada en “el último rincón del planeta” para repetir la frase de Ángel Rama se sitúa a la vanguardia de todas las de su género en Latinoamérica? Con esa gran sabiduría que encierran los lugares comunes, a *Voces* siempre se le conoció como la revista de Vinyes. Los directores de la revista, Hipólito Pereira y Julio Gómez de Castro, no manejaban los idiomas ni los contactos culturales de Vinyes.

Un rasgo distintivo de la revista es la elevada tasa de colaboraciones catalanas o de alusiones a la literatura catalana. Están José María López Picó, Carlos Riba, Eugenio D’Ors, Alfonso Maseras y Pablo Vila. Como dice Jacques Gilard “En materia de curiosidad e información, Madrid quedaba a la zaga de Barcelona. En Cataluña se daba una contemporaneidad que la cabeza de España aún desconocía en gran parte”.<sup>13</sup>

La presencia de los latinoamericanos Valdelomar, Pellicer, Tablada, Zaldumbide, Huidobro, Mistral y Rodó, entre otros, tampoco se daba con tanta frecuencia en las otras revistas colombianas.

Había colaboraciones de autores nacionales como Germán Pardo García, Tomás Rueda Vargas, León de Greiff, Efe Gómez. El litoral atlántico colaboraba con Luis Carlos López, José Félix Fuenmayor, Gregorio Castañeda Aragón y Víctor Manuel García Herreros, entre los más destacados; y claro, no podían faltar las colaboraciones de Julio Gómez de Castro, Héctor Parías y Enrique Restrepo, la almendra de la revista.

*Voces* alcanzó los sesenta números y murió del mal de casi todas las publicaciones culturales, falta de plata para continuar con la aventura.

Esta publicación no ha sido estudiada con intensidad. Sin embargo en las pocas aproximaciones al tema es frecuente el juicio de no tener una real correspondencia con el medio que la producía.

El crítico Ernesto Volkening dijo: "En aras de su universalidad *Voces* ha sacrificado el colorido local. El rasgo inconfundible que nos revele su ubicación en un puerto del Caribe, reverberante de luz y sumido en el lúbrico calor del mediodía".<sup>14</sup>

Vinyes tenía conciencia de eso cuando en uno de los primeros números escribía: "Para nosotros los que escribimos artículos eruditos y aún obras no eruditas que nadie lee..." También había resistencia en la recepción de la revista; así Hipólito Pereyra decía en una nota: "Alguien me dice: 'En *Voces* sólo se entiende lo que tu escribes' y añade, 'No manden más la revista'".

Que la revista en el futuro continuaría juzgada como "exótica" lo intuyó el mismo Enrique Restrepo que escribió premonitoriamente en el último número: "La cultura como flor extrema de toda civilización es un lujo, lugar común, pero no por eso menos evidente".<sup>15</sup>

## El grupo de Barranquilla

Con frecuencia en alguno de los congresos sobre literatura a los que he asistido, algún periodista despistado me pregunta: ¿qué hay del grupo de Barranquilla? Siempre respondo que hace más de cincuenta años desapareció. Pero el fenómeno es sintomático, pareciera que sólo hay un antes y no un después de ese fenómeno cultural que se dio entre nosotros en los cincuenta.

Es curioso que en esta ciudad comercial con una vida literaria muy precaria sus ídolos más prestigiosos y que han sobrevivido tanto tiempo sean los de un grupo literario, los del llamado "Grupo de Barranquilla". Los libros, los artículos, inclusive los sitios como "La Cueva" concitan la atención del grueso público. Los artículos y las fotografías de los integrantes de ese grupo son tema frecuente en todos los periódicos del país y aún en los magazines internacionales. Se rompe con una característica de la ciudad que es la

vida precaria de sus mitos. Si se examina cuántos contemporáneos de "La Cueva" aún permanecen en la memoria colectiva nos sorprenderíamos de su escaso número.

Así, ¿qué se hizo el negro Adán, héroe del cuadrilátero en las fiestas patronales de San Roque? ¿Y la Diva Zahibi, mentalista azteca con estudios en Chicago? ¿Qué se hicieron Heleno da Freitas o "Remuerde" García, glorias del atlético Júnior en épocas del "Dorado"? ¿Los jóvenes reconocen al "Caimán Sánchez" en la calle? ¿Los cuentos verdes sobre el padre Revollo todavía se dicen en los velorios? ¿Alguien silba la cumbia "Era Marta la reina?"

Ahora los rostros más conocidos son los de ese fenómeno mundial como es Shakira. En la ciudad no se tiene conciencia de que otra barranquillera muy conocida en el exterior es Marvel Moreno, considerada entre los cinco mejores cuentistas que ha tenido el país en el balance de los mejores libros de fin de siglo. A pesar de que estuvieran presentes diecisiete universidades en el homenaje que se le rindió en Toulouse (Francia, 1997), pocos lectores han comprado la reciente edición de sus cuentos completos. Tal vez algunos sesentones recuerdan con nostalgia su linda figura cuando desfiló como reina del carnaval en 1959.

Con el Grupo de Barranquilla se contradice la frase de Gabriel García Márquez de que ningún prestigio dura más de tres días entre nosotros.

La verdad es que un grupo compuesto por el mismo García Márquez, Álvaro Cepeda, José Félix Fuenmayor, Ramón Vinyes y Alejandro Obregón no se da todos los días. ¿Pero sin la presencia del Nóbel hasta que punto le interesaría al mundo el llamado "Grupo de Barranquilla"?

Sigue no obstante la pregunta de por qué en esta ciudad de Barranquilla donde el mundillo cultural y el grueso público se miran a distancia acercándose sólo en carnaval, un grupo literario se constituyó en paradigma. Al parecer no hay una respuesta precisa.

En este alud sobre el grupo y en el cual también se encuentran los que niegan su existencia el de mayor éxito ha sido "La cueva" de Heriberto Fiorillo. En este libro, una "Summa Cuevensis", de entrada deja a un lado cualquier marco teórico a las reflexiones sobre una probable inexistencia del grupo. Lo que se encuentra en esa obra es el sabroso anecdótico de esos jóvenes que transpiraban talento y vitalidad. Allí está la fábula del grillo amaestrado que se comió Obregón, los tiros que le hicieron a su cuadro de Blas de Lezo, la llegada al Bar montado en un elefante, y la muerte de "Figurita", repito, cuando disfrazado de reina de Bolivia se desnucó al caerse de una carroza el martes de carnaval. "Leían a Faulkner pero vivían como Hemingway", es un decir de los entendidos. Más severa es la mirada del pintor Roda cuando dice: "A mí, Alfonso (Fuenmayor) fue el único que me pareció sensato, se me antojó más intelectual si esto significa algo. Los demás me parecieron muy parranderos con una vitalidad y exhuberancia sin matices".<sup>16</sup>

En los sesenta la desbandada fue general. García Márquez tenía casi una década de estar en el exterior, Alejandro Obregón se fugó a Cartagena, Cepeda Samudio escribió *La casa grande* cuando una enfermedad que resultó ser un diagnóstico falso lo hizo estar recluido en cama, Germán Vargas y Alfonso Fuenmayor permanecieron fieles a su magisterio oral, unas encarnaciones de Sócrates en carnaval.

Con la publicación de *Crónica*, todas las discusiones sobre la existencia o no del grupo quedarían resueltas por ese hecho protuberante. Su director fue Alfonso Fuenmayor y su editor un joven de veintitrés años, Gabriel García Márquez. El que cambiaran ejemplares por botellas de ron explica el porqué no se sostuvo la publicación.

Este magazín deportivo-literario hecho por el grupo en los primeros años de los cincuenta y de los que solo hay unos pocos ejemplares disponibles, trató de renovar la cuentística nacional.

“La combinación del deporte—fundamentalmente con el fútbol, recuérdese que era la época del Dorado— con la literatura no fue con el afán de mostrar una forma deportiva de ver y tratar la literatura opuesta a la solemne y engolada manera del interior del país. Eso lo han dicho algunos críticos imaginativos. La intención era mucho más modesta, se trataba tan sólo de buscar un gancho para un público difícil, y también porque había verdaderos aficionados al fútbol dentro del grupo”, nos dijo Alfonso Fuenmayor en una entrevista esclarecedora.<sup>17</sup>

Quedan sin embargo los cuentos que publicó *Crónica*, entre ellos “La mujer que llegaba a las seis” de García Márquez y que se debió a una apuesta con Alfonso Fuenmayor, que le retaba a escribir un cuento policiaco. Cepeda Samudio, entre otros, publicó “Vamos a matar los gaticos”. José Felix Fuenmayor publicó también “En la hamaca” y Ramón Vinyes envió desde Barcelona su único cuento escrito en castellano: “Un caballo en la alcoba”.

“Incierto el bien y cierto el desengaño” fue el verso de Quevedo que me citó Alfonso Fuenmayor para referirse a la pasión y muerte de *Crónica* que se acabó en 1951.

## Una ciudad de pocos lectores

A diferencia de los ya lejanos cincuentas, ya no hay libros de Vargas Vila y hay muy pocos de Nietzsche en las ventas de los sardineles del Paseo Bolívar. Hay, como siempre, textos escolares, códigos, nuevas leyes, lo consabido. En resumen, en estas ventas callejeras no se encontrará ninguna sorpresa, sino lo que se pide en el mercado escolar.

Podría decirse que hay una tendencia a desestimar las bibliotecas privadas. Los jóvenes no están comprando libros; la solución que se está dando es la de fotocopia, que por definición es algo que no se conserva.

En las librerías de la carrera 53, que están agrupadas en una acera como solución providencial en

esta Barranquilla de largas distancias, la casi unánime respuesta es que la sección de libros que más vende es la de “superación y autoayuda”, siendo Deepak Chopra, Walter Riso y Paulo Coelho los más vendidos. La otra sección que mueve la caja registradora es la de esoterismo. Pero se puede anticipar que la venezolana Connie Méndez, y no madame Blavatsky, es la que encabeza las ventas.

No hay librerías de viejo, ya es imposible conseguir *Raquel la judía* de Lion Feuchtwanger, una novela que endulzó mis quince años. El escritor Jairo Mercado refirió la anécdota de cómo al ir al partido Perú-Colombia en el Metropolitano llevaba un libro recién comprado, muy caro y muy difícil de conseguir. Al salir se dio cuenta de que lo había olvidado. Alguien le dijo “devuélvete a buscarlo”. No podía creerlo, fueron sesenta mil espectadores pero su libro estaba allí intacto, esperándolo.

No logré que los integrantes de la comparsa y los dueños de los estaderos llamados “Disfrázate como quieras” me compraran mi novela del mismo nombre. Alguien me dijo que si hubiera acompañado el libro con un CD de las canciones que mencioné me hubiera ido mejor en las ventas. Estoy rumiando esa idea, pero ya se sabe que en la mayoría de las veces aquí no hay reediciones de los libros, en el mejor de los casos se fotocopian.

Alguien me habló de “los jardines caníbales” de la ciudad, no como un refugio de los enamorados sino como los que algunos excéntricos—pienso en el pianista Bob Prieto—cultivaban con flores carnívoras de unos colores intensos y bellísimos que al mediodía eran un recreo para la vista pero por la noche producían un hedor impresionante mientras se abrían y arrojaban los cadáveres de los insectos atrapados durante el día. Tal vez ésa sea la mejor imagen de cómo miro esta ciudad que amo y a la que también dirijo mis miradas bizcas. ■

## Notas

- 1 Fuenmayor, Alfonso. “Génesis de Barranquilla”, *Estampa*, Bogotá. Dic 20/41.
- 2 Nichols, Theodore. *Tres puertos de Colombia*. Biblioteca Banco Popular. Bogotá 1973, Pág. 171.
- 3 Bacca, Ramón Illán. *Escribir en Barranquilla*. Ediciones Uninorte, 1998.
- 4 Duque López, Alberto. *El pez en el espejo*. Planeta, 1984.
- 5 De Castro, Chelo. *El Heraldo*, mayo 19 de 1997.
- 6 Benedetti Jimeno, Armando. Memorias de la intimidación, *El Heraldo*, agosto 17 de 2006.
- 7 Abello Roca, Antonio. “Las narices en el enclave”, *Diario del Caribe*, marzo 19 de 1989.
- 8 Goenaga, Miguel. “Dos recuerdos de Barranquilla”, *Mr Pellet literato*. *Crónica* mayo de 27 de 1950.
- 9 Bacca. *op. cit.* Pág. 6.
- 10 *Ibidem*. Pág. 3.
- 11 Un médico colombiano sostenía correspondencia con Sigmund Freud. *El Tiempo*, noviembre 2 de 1994.
- 12 Bacca. *op. cit.* Pág. 90.
- 13 *Ibidem*. Pág. 93.
- 14 *Ibidem*. Pág. 112.
- 15 *Ibidem*. Pág. 112.
- 16 Fiorillo, Heriberto. *La cueva*. Pág. 112.
- 17 Bacca, Ramón Illán. Entrevista con Alonso Fuenmayor, *El Espectador*, *Magazín Dominical*. N° 526, mayo 23 de 1993.